EDUCACION DE PRINCIPE

nº 153/154 = 27 Nbre 48

DON Juan ha enviado a su primogénito a estudiar a España, cerca de Franco. El principito tendrá un preceptor jesuita. Nada mejor para hacer de él un príncipe liberal. Acaso tenga otro preceptor que será un general; un general de los buenos, de los que se sublevaron contra el pueblo español. Acaso ningún otro mejor para inculcar a un príncipe el amor al pueblo. El infante Juan Carlos empezó ya a estudiar en un colegio de jesuítas en Friburgo. O, mejor dicho, empezó a no estudiar. Se dice, en efecto, que el príncipito es un mal estudiante, un niño desaplicado, un chico a quien "no le entran las asignaturas". Acaso sea un muchacho torpe por derecho divino. A veces, la Providencia reserva a los pueblos reyes torpes, para proporcionarles la felicidad que no han sabido darles los reyes listos. Listo era el padre, Juan Carlos cuando niño. Alfonso XIII le llamaba "Chispa". Luego, ya hemos visto en que va parando su listeza. También era listo Alfonso XIII, tanto, que se pasó de listo. Quizá ahora le corresponda al joven príncipe pasarse algún día de torpe. Listo o torpe, su padre lo envía a Franco con el fin de que lo eduque y lo prepare para ocupar más tarde el trono de sus mayores. El trono de sus mayores es el trono ahora de Franco. No es posible encontrar un mayor que sea menor.

El heredero del trono se educará, pues, cerca de Franco. Mucho puede aprender a su lado un príncipe, aunque sea un Borbón. Franco ha resultado maestro en muchas artes. En las de la felonía, principalmente. Si ésta es disciplina que conviene a un príncipe, nadie mejor que Franco para enseñársela. No le faltan al Borbón abuelos felones, pero en materia de felonía, ni Fernando VII ni Fernando VII... y pico pueden enseñar nada a Franco... y repique. Al lado de Franco, los peores Borbones parecen unos dignísimos caballeros. Franco deja anticuado el verbo "borbonear", hace de la deslealtad un sistema, de la traición una virtud, de la felonía un dogma. ¡Cuántas enseñanzas puede extraer de todo ello un príncipe de la sangre!

Mucho se puede aprender, en verdad, al lado de Franco. Se puede aprender, por ejemplo, a robar. Robadas al pueblo fueron, como se sabe, las armas que éste había puesto en sus manos para que lo defendiera, y que Franco utilizó para sublevarse contra él, saquearlo y asesinarlo. Se puede aprender también a mentir, a faltar a la palabra, a ser perjuro. Franco juró lealtad a la República, y se sublevó contra ella. Juró lealtad a su patria, y llamó a tropas de Hitler y de Mussolini para que la invadieran. Juró la fe de Cristo, y se rodeó de tropas de Mahoma. ¡Preciosas lecciones para un príncipe de abolengo borbónico!

Mucho se puede aprender al lado de Franco, repetimos. Se puede aprender a matar. Matar, matar, muchos tiranos han matado. Pero ninguno con la frialdad, con la ferocidad insensible de Franco. Nadie ha ordenado tantas muertes como Franco. La misma Inquisición, en cinco siglos de tenebrosa historia, mató en total en toda España a menos gente que Franco en cinco años, en una sola provincia española. El saldo de muertos a favor de Franco es formidable. Franco luce en las olimpíadas del crimen el galardón del asesinato. Su campeonato sangriento es inigualable. Nadie disputará a Franco méritos como maestro asesino. Su aula eclipsa con mucho, al Huerto del Francés.

Derecho natural, divino y romano, civil y canónico, político y penal, administrativo y castrense, todos los derechos pueden aprenderse también al lado de Franco. Todos los derechos, hasta los más torcidos. Todos los derechos, empezando por el de condenar por rebelión militar a quienes se opusieron a ella o, simplemente, no la secundaron. Todos los derechos, incluso el de robar, saquear y difamar al vencido, a la víctima inocente e indefensa. Ningún maestro del derecho hizo de la ley una montera tan perfecta como este Justiniano cuartelero, nacional-sindicalista y de las JONS.

Puede Franco, asimismo, enseñar a un príncipe a salvar a la patria de la "barbarie roja" y a defender la "civilización cristiana". Cuando Franco enviaba los aviones de Hitler y de Mussolini a bombardear las ciudades españolas y a ametrallar a los pueblos españoles inermes, y una madre moría abrazada a una cuna, y un crío cogido a un pecho maternal, y una bomba hacía volar un colegio, a tal defensa y a tal salvación se dedicaba, realmente, Franco. Y así puede ahora Franco enseñar a hacer un Imperio. Esa lección no se la debe, ciertamente, perder un príncipe. Que Franco ha hecho de España un Imperio es cosa que nadie puede negar ya. No lo negarán, de seguro, los niños tuberculosos de España, ni las mujeres lanzadas a la prostitución por la miseria, ni las legiones de hambrientos, de desesperados, de viudas y de huérfanos harapientos que piden en Madrid limosna a la puerta de los cabarets de lujo... Todo eso es la España imperial. ¡Franco Imperator!

Al lado de Franco puede, igualmente, aprender un príncipe la ciencia del estraperlo. El estraperlo es a la economía de Franco lo que el asesinato es al orden franquista, es decir, algo consubstancial e inmanente con el régimen. El estraperlo es la forma imperial del chanchullo, el soborno, el tarugo, el negocio sucio, el fraude y la explotación del pueblo por los "hacigan" falangistas. Y así como en felonía supera Franco a los más insignes Borbones, en el "estraperlo" supera también a sus propios inventores, que todos sabemos quienes fueron.

Otra cosa puede aprender un príncipe al lado de Franco: a cumplir su palabra cuando Berlín esté en peligro y haya que enviar un millón de hombres para salvarlo. Y aun otra cosa, por último: a saber que la pasada guerra la perdieron los aliados, porque así lo anunció Franco, quien, por lo visto, entiende de mucho de guerras.

Muchas cosas, en fin, puede enseñar Franco a un príncipe, aunque no sea éste muy aplicado ni inteligente. ¡Tremendas lecciones, en verdad! Pero necesaria educación, sin duda, para reinar. Don Juan debe de haberlo comprendido así, y acepta para su hijo las lecciones de tal maestro. Don Juan quiere que su hijo sea rey. De haber querido sencillamente que su hijo fuese un hombre de bien, lo hubiera enviado a estudiar al Colegio Madrid.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.29/1344